

---

Larraz Andía, Pablo y Pilar Sáez de Albéniz Arregui (eds.), *Las últimas cartas del requeté. Correspondencia de guerra de Mateo Arbeloa y Josefina Muru (1936-1937)*, Córdoba, Almuzara, 2024, 425p. ISBN: 978-84-10524-56-9. 24,65€ 

Las cartas de mis padres durante la guerra (1936-1937) (*Presentación de Víctor Manuel Arbeloa*). *Abreviaturas*. Lágrimas de tinta (*Prólogo de Pablo Larraz Andía*). Cuando vuelvas de la guerra (*Prólogo de Pilar Sáez de Albéniz Arregui*). Itinerario bélico y relación de fechas y cartas. I. De Mañeru a San Sebastián, por Oyarzun (julio-septiembre de 1936). II. El frente estabilizado (octubre-diciembre de 1936). III. Navidad en Kalamúa (diciembre de 1936-marzo de 1937). IV. La última ofensiva (marzo-abril de 1937). V. Herida, agonía y muerte de Mateo (20-27 de abril de 1937). Epílogo y despedida. *Apéndices. Fuentes y bibliografía*.

El estudio de la Guerra Civil española continúa proporcionando historias que esclarecen la contienda. *Las últimas cartas del requeté* iluminan sus entresijos a través de la correspondencia (se han conservado 86 cartas) entre el sargento carlista Mateo Arbeloa Egüés (26 años) y su esposa, Josefina Muru Iturgaiz (25 años), padres de un niño, Víctor Manuel, nacido el 1 de enero del año en el que comenzó la guerra. Las cartas, cruzadas entre el frente Norte en el que avanza Mateo y el pequeño pueblo navarro de Mañeru, donde reside la familia y permanecen Josefina y *Manolín*, se interrumpen tras una herida de bala sufrida por el requeté el 20 de abril de 1937 en la toma del Tellamendi, que le ocasiona la muerte siete días más tarde en el Hospital Samaniego de Vitoria. Su hijo, Víctor Manuel Arbeloa Muru, intelectual, escritor y expolítico navarro, publicó en 2002 en la revista *Aportes* una primera entrega de once de las valiosas cartas de su padre, convertidas ahora, gracias a su magnanimidad y a la edición completa de Pablo Larraz y Pilar Sáez de Albéniz, en una pieza de alto interés historiográfico.

El cuidado de los editores coloca este libro, de entrada, como una obra de referencia para trabajos similares. Sus dos prólogos anticipan una fecunda complementariedad que se refleja en las abundantes y oportunas notas al pie de las cartas. Buenos conocedores tanto de la historia bélica y política, así como del extenso campo abordado por la etnografía, han sido capaces de atisbar en la correspondencia entre Mateo y Josefina no solo una bella historia de amor y de guerra, epítome magistral del dramatismo de la contienda, sino todo el mundo de carne, hueso e ideas subyacentes. Prohombres carlistas y vecinos de Mañeru, la comida tradicional y las faenas agrícolas o el habla popular y sus diversiones emergen de estas páginas como testimonio de la sociedad de entonces. No menor es el trabajo realizado para reconstruir el avance de las tropas y, sobre todo, la herida y muerte de Mateo, tras una valerosa ascensión a través de un terreno casi inaccesible, que permitió a los requetés, tras combate cuerpo a cuerpo, conquistar la cima de Tellamendi. Víctor Manuel Arbeloa ha proporcionado también valiosas informaciones referentes, sobre todo, a su propia familia. Acompañan la obra abundantes fotografías, tanto de los protagonistas como del mundo vivido por Mateo y Josefina. Se trata de una buena muestra de que —por supuesto, sin necesidad alguna de compartir los

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN 28 (1), 2025: 453-456 [1-4] [ISSN: 1139-0107; ISSN-E: 2254-6367]

453

DOI: <https://doi.org/10.15581/001.28.1.026>



Universidad  
de Navarra

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

## RECENSIONES

presupuestos abrazados por sus protagonistas— el respeto y un cierto cariño del estudioso, en este caso los editores, perfecciona el oficio de la Historia.

La contienda se presentó para los voluntarios carlistas como una exigencia de su fe. Abundan los testimonios en este sentido en las cartas entre Mateo y Josefina, que son, como recuerda Larraz en su prólogo, no solo pedazos de la intimidad del matrimonio, sino, por su autenticidad, vestigios del mundo que ambos forjaron y transitaron. El afán de santidad de ambos se plasma en toda una serie de vivencias, reacciones a los acontecimientos y un riquísimo elenco de devociones, salpicadas aquí y allá, al compás del calendario litúrgico y del avance de la guerra. El sacrificio revela la raíz espiritual de sus vidas. El 4 de agosto de 1936, pocos días después de salir su esposo como voluntario, le escribe Josefina: «Sé valiente: ya sé que lo serás y yo me siento orgullosa de ti. Me esforzaré yo también por serlo como me aconsejas, aunque no te niego que me destroza el corazón solo de pensar que podamos separarnos tan pronto, estando aún nuestro feliz hogar en flor, como quien dice. A pesar de esto, procuro de corazón decir a Dios “hágase tu voluntad en todo”. No dejes de ofrecerle todos tus sufrimientos diarios, que ahora los tienes más abundantes que nunca» (p. 71). Es este un campo religioso, por cierto, que, aunque aquí se revela trascendental, permanece aún poco explorado en la historiografía.

Es más conocido el ideal político de los requetés, al que se han dedicado algunas monografías, aunque escasea su causa en los estudios sobre el catolicismo en estos años y en las reflexiones, en general, acerca de la ideología de los sublevados. Se han señalado las concomitancias entre la política y la religión, pero no se ha acertado aún a deslindar con precisión el distinto valor de ambos, algo que muy probablemente, en el fondo, comprendían mejor aquellos sencillos voluntarios carlistas que los sesudos paradigmas interpretativos que hoy manejamos. El 13 de noviembre de 1936, Mateo explica a Josefina que había pedido a su cuñada, monja, que bordara unos Sagrados Corazones «para ponerle a la Bandera, para que no sea la Bandera sola la que reine en España, sino para que el Sagrado Corazón sea el que reine en la Bandera Española» (pp. 195-196).

Las cartas de Mateo y Josefina espejean claroscuros como el entusiasmo y el miedo del guerrero movilizado para el ataque, el aburrimiento y el asueto en las trincheras, la celebración por la llegada de una carta o la ansiedad de su espera —sobre todo en retaguardia, pero también por parte del voluntario que ha encontrado las razones para echarse al monte en su hogar y en su pueblo—. La Guerra Civil fue también, en especial en una tierra como Navarra, que aportó miles de voluntarios a la contienda, una experiencia familiar. Además de Mateo Arbeloa, dos de sus hermanos pelearon en el frente: Agustín (22 años) y Nicanor (19 años). No falta, como se aprecia a cada paso, el apoyo de la familia, que envía alimentos y participa en los actos políticos de la retaguardia; o la especial oración del hermano religioso o religiosa que, desde el convento, respalda a los hombres de la primera línea. La lista de combatientes del pueblo de Mañeru, publicada como apéndice a partir de los datos del Archivo General de Navarra, muestra también, con elocuencia, algo habitual.

El sargento de Mañeru, no obstante, parece ser un ejemplar excepcional en algunos aspectos. Así, comenta a su mujer la desmesurada afición de algunos compañeros por la bebida: «Lo que siento es no poder grabar a todos mis maneras de ser, para que,

## RECENSIONES

en vez de ir muchos días a la taberna a beber más de la cuenta, fueran conmigo a visitar a Jesús Sacramentado y su Sma. Madre, ¿no es así?» (p. 109). En otra ocasión se sorprende de que otros voluntarios no guarden luto por el rey Alfonso Carlos, fallecido poco después de haber comenzado la guerra (p. 144). Esta impresión suya posee tal vez un valor capital para entender el grado de compromiso político de los requetés.

En cambio, escasean en las cartas testimonios más detallados acerca de aspectos dramáticos de la contienda como la herida y muerte del amigo o el familiar. Son comunes descripciones de otros hechos y problemas como el malestar por el retraso o la falta de permisos o el abuso de algunos soldados —voluntarios, no se olvide— de su tiempo en el hogar. Algunos deciden regresar definitivamente a casa. El 22 de noviembre de 1936, Josefina escribe a Mateo: «Antes me enfadaba mucho cuando venían y no volvían, pero ahora no quiero hablar nada de nadie, porque es mejor por aquello de “no juzguéis y no seréis juzgados”» (p. 207). Existe también alguna alusión a los actos de rapiña de los combatientes. El 1 de octubre de 1936, Mateo da cuenta a Josefina de que ha sido enviado con unos falangistas a registrar la barbería y la habitación de un comunista en Elgoibar: «Aquellos se llevaron todo lo mejor. Yo me hice con buenos zapatos y zapatillas de abrigo. También cogí una navaja de afeitar y una máquina de cortar el pelo» (p. 137). La represión en retaguardia, que costó la vida de un vecino de Mañeru en zona *nacional* y de otro en el Madrid *republicano*, es descrita por los autores en un apéndice dedicado a los muertos del pueblo en campaña. Mateo apenas alude a ello al dar cuenta a Josefina del fusilamiento de un pariente por los *nacionales* en Lasarte (p. 232).

La última parte del libro describe la marcha de los carlistas y otras tropas del ejército sublevado hacia Bilbao. Mateo relata de manera elocuente la que considera la *verdadera guerra*, asombrado por los grandes despliegues de aviones y carros de combate, los bombardeos masivos y el avance simultáneo de decenas de miles de combatientes. En esta tesitura se le presenta de nuevo la oportunidad de volver a casa. Algunas semanas antes su padre ha enfermado y su familia plantea su regreso para hacerse cargo de las faenas agrícolas. El 6 de marzo de 1937 escribe a Josefina: «Lo siento mucho, pero la Patria tiene aún mucho enemigo, y todos hacemos falta» (p. 309). El 9 de abril reitera su propósito: «Dios me detiene. No culpéis a nadie, ni hablar; que con el corazón partido te repito que antes es Dios y España, que tú y el campo» (p. 345). El 18 de abril de 1937, Josefina, que no ha venido ocultando su miedo, le escribe desde Mañeru: «Eso le pido a Dios continuamente; que os llene el corazón de ideales y aspiraciones grandes, y de un muy recio amor suyo, sobre todo, que teniendo esto, no hay dificultades que valgan» (p. 353). Dos días más tarde, Mateo sufrió la fatídica herida de bala que lo llevó a la muerte. Josefina, Víctor Manuel y el resto de la familia aún pudieron visitarlo en el Hospital de Vitoria. Su esposa Josefina, que vivió seis décadas y media más, falleció el 28 de marzo de 2002. «Lejos de la amargura o el resentimiento existencial por el cúmulo de desgraciadas circunstancias que lo llevaron a la muerte —relatan los editores del libro— había asumido esta como un acto de generosidad por parte de Mateo; algo a lo que solo desde la fe confiada se le podía dar sentido» (p. 383).

Pablo Larraz Andía (Pamplona, 1974), historiador y médico rural, es un reconocido especialista en carlismo e historia militar, tanto de los siglos XIX como XX. Es autor



Universidad  
de Navarra

FAULTAD DE  
FILOSOFIA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA  
DEL ARTE  
Y GEOGRAFIA

## RECENSIONES

de numerosas monografías y artículos científicos, entre los cuales destacan, entre otros muchos, *Entre el frente y la retaguardia. La Sanidad en la guerra civil: el Hospital Alfonso Carlos, Pamplona (1936-1939)* (2004) y, con Víctor Sierra-Sesúмага, *Requetés. De las trincheras al olvido* (2010). **María Pilar Sáez de Albéniz Arregui** (Pamplona, 1965), historiadora y arqueóloga, ha diversificado sus trabajos en amplios campos, aunque su obra más conocida es *Vivir para vivir* (2010), estudio etnológico del Valle de Lónguida, Aoiz, Valle de Arce y Oroz-Betelu. Es miembro de Etniker Navarra y ha colaborado en el *Atlas Etnográfico de Vasconia*.

Carlos Veci Lavín  
Universidad de Navarra

 <https://orcid.org/0000-0002-1436-1128>